

difícilmente habrían podido acertar lo que meditaba José II, no teniendo más datos que los que veían, porque hasta á su hermana escribió ocultándole sus verdaderos motivos en 19 de noviembre, y de consiguiente antes que le obligara á hablar claro la declaración ó manifiesto del 20 de noviembre redactado por Vergennes. Véase lo que escribió á su hermana María Antonieta: «Como prueba convincente de que no pienso en engrandecimientos en Flandes, te confiaré que al acordarme hace algun tiempo de las frecuentes indicaciones del príncipe elector de estar dispuesto á prestar su cooperación al antiguo proyecto de trueque de esta provincia por la Baviera, consideré conveniente preguntarle si todavía continuaba en la misma disposición de ánimo; y habiéndome contestado afirmativamente, le he hecho indicar las bases sobre las cuales se podría y debería en mi opinión fundar un arreglo equitativo. Admitidas estas bases en principio, estaba yo cabalmente á punto de comunicarlas al rey y al duque de Dos Puentes cuando se ha puesto por medio la disension con los holandeses, y me ha obligado á aplazar toda negociacion con el príncipe elector.» Encargóse de completar esta carta, muy defectuosa en su primera parte y enteramente falsa en su segunda, su embajador el conde de Mercy en Versalles, el cual recibió las instrucciones necesarias al efecto. La reina habló con su esposo y con Vergennes y contestó en 2 de diciembre á su hermano que se había convenido en el consejo de ministros declarar al conde de Mercy que el proyecto del trueque no encontraría ningun obstáculo de parte de la Francia; pero que era necesario que el emperador se encargara de vencer las dificultades que este proyecto encontraría de parte de los soberanos del imperio y del rey de Prusia.

Esta contestacion no respondía á la esperanza del emperador José de que la Francia se encargaría de la mediacion sobre la base indicada; pero algo era ya el no oponerse al proyecto. En efecto, este había impresionado vivamente al conde de Vergennes como medio para asegurar la paz; tanto que hasta discutió las razones que militaban en pro y en contra en una memoria que lleva la fecha del 19 de diciembre. No se le ocultaba la importancia de la agregacion de la Baviera al Austria, con la cual desaparecía un baluarte de la Francia contra el imperio y se levantaba en favor de este un baluarte contra la Francia. También comprendía que con esta adquisicion tanto tiempo anhelada sería el Austria no solamente la gran potencia del Mediodía de Alemania, sino también la potencia preponderante en Italia; pero por otra parte no se disimuló tampoco que el Austria dueño de Flandes era un vecino muy incómodo para la Francia, y que el proyecto del trueque tenía en su abono el mérito de desembarazarse de semejante vecino; porque se decía: «El duque de Baviera, cualesquiera que sean sus sentimientos personales, será siempre un amigo inseguro de la Francia; el terror le ha de tener precisamente sujeto á la voluntad de la corte de Viena, á pesar de todas las obligaciones que puedan ligarle á Francia; mientras que este mismo príncipe, como soberano de Flandes, se hallaría completamente sujeto á la Francia, de la cual ningun temor le separaría, y nosotros dispondríamos completamente de su poder. Además desde el momento en que la Flandes no pertenezca ya á ninguna gran potencia, podremos disminuir también las fuerzas que ahora tenemos concentradas en aquellas fronteras, y no es probable que tuviéramos ya que temer diversiones por aquel lado. Si con el tiempo se deshiciera nuestra alianza con la Holanda, tendríamos siempre abierto el camino hasta el corazón de los Países Bajos, lo cual sería para los holandeses un motivo para continuar siempre siendo nuestros aliados. Por otro lado, al ver que

la Francia favorecía el cambio de que se trata se convenían de que la corte de Versalles renuncia irrevocablemente al proyecto que tantas veces se le ha atribuido, de conquistar los Países Bajos, y esta convicción robustecería nuestra alianza. Los ingleses pensarían probablemente como los holandeses, y esta sería una nueva prenda de seguridad.» Razonando así, llegó Vergennes á la conclusion de que el trueque de la Bélgica por la Baviera no solamente no sería perjudicial, sino que sería útil para la Francia, bien que solo en ciertas condiciones que no debían olvidarse por los grandes peligros que de otro modo pudieran suscitarse para la Francia y para toda la Europa, por cuya razon era preciso tratarlas por separado.

La proposicion presentada por el conde de Vergennes, y más todavía la aceptacion que encontró en el consejo de ministros, demuestran la distancia que separaba la política del gobierno francés de entonces del rumbo que le había dado Luis XIV y que le dió despues otra vez Napoleon I. En todas estas discusiones y documentos no hubo una palabra de fronteras naturales, ni intencion ninguna de incorporar á la Francia ni territorios alemanes ni belgas con el pretexto de la pretendida frontera natural del lado de la Alemania. La Francia del tiempo del conde de Vergennes solo quería conservar lo que tenía, y no quería verse amenazada por el derecho del más fuerte que no respeta los tratados. La única preferencia á que se inclinaba el ministro como sacrificio á las circunstancias, era ver el precioso país limítrofe en manos de un pequeño soberano dependiente de la Francia antes que en poder de una gran potencia belicosa, siempre envidiosa é insaciable. Esta consideracion no encontró sin embargo eco en los demás ministros, cuyos seis dictámenes, presentados en 6 de enero de 1785, desecharon con admirable unanimidad todo el plan de cambio de territorios, porque haría irrevocable la preponderancia del emperador en Alemania é Italia dejando muy comprometida la posición política y la importancia de la Francia, no menos que de la Prusia. Toda la Alemania meridional al Sur del Mein y al Este del Rin sería provincia austriaca; la Suiza con los cantones primitivos, tan amigos de la Francia, quedaría enclavada en los territorios austriacos; el Austria sería dueño de todos los pasos y desfiladeros de los Alpes que conducen á la Lombardia, y entonces perdería la Francia para siempre su influencia tradicional en Italia y Alemania.

En todos los pareceres fechados en 2 de enero y recibidos el 6, se hablaba de la Prusia con un afecto y calor como si todo cuanto la Francia había hecho contra esta monarquía no hubiese sido más que la pesadilla de una mala noche. El ministerio de Versalles se había vuelto como en el tiempo primero del abate Bernis *enteramente prusófilo*, y esta vez con inclusion del rey, tan decidido en este punto que ni las lágrimas y ruegos de su esposa tuvieron fuerza sobre él. Para rechazar el plan del gabinete de Viena de un modo cortés, se resolvió en el consejo contestar con la reserva que ya conocemos; es decir, que no podía tomarse resolucion alguna antes de haber consultado al rey de Prusia, y en este sentido escribió Luis XVI al emperador. En esta carta, fechada en 6 de enero de 1785, ocurrió el caso singular de que un rey de Francia echase en cara á un emperador de Alemania, que su conducta no tenía más objeto que la ruina del imperio germánico; que la traslacion de la casa palatina del centro de la Alemania al extremo del imperio destruiría el equilibrio que había sido el objeto más esencial de la paz de Westfalia y que hasta entonces había sido una de las columnas maestras del edificio germánico. Si esta leccion era ya en sí muy sensible, más lo era el consejo repetido de entenderse con el rey de Prusia, y hasta parecía pura bafa cuando

sobre esto le dijo literalmente en su carta: «A V. M. toca decidir si prefiere tratar directamente con este soberano, ó si le parece mejor que yo dé los primeros pasos. En este último caso le suplico que me indique los medios que juzgue más propios para asegurar su cooperación amistosa. Hasta entonces observaré el más riguroso silencio sobre este punto respecto del rey de Prusia, y hasta me parece conveniente no dar por ahora ningun paso cerca del duque de Dos Puentes y de su hermano.» Hay que confesar que el rey Luis XVI tan bonachon no podía ser más mordaz al proponer á su cuñado que solicitara la cooperación de la Prusia para una nueva tentativa en favor del plan que esta potencia acababa de rechazar por segunda vez de una manera tan amenazadora.

Cuando José II hubo leído esta carta, escribió en 13 de enero al príncipe de Kaunitz: «El trueque fracasó» y tuvo razon; pero lo curioso fué que en aquellos mismos días de enero se escribió desde Viena á todos los periódicos que la gran obra del trueque era cosa hecha.

Lo que había previsto el rey de Francia se realizó, porque el duque Carlos de Dos Puentes, instado por el embajador ruso Romanzoff á aceptar en el plazo de una semana el trueque diciéndole que de otro modo se efectuaría sin su consentimiento, rechazó indignado semejante proposicion, y al mismo tiempo la comunicó al rey de Prusia solicitando su auxilio. Con esto hubo bastante para frustrar toda la empresa; y en 22 de enero escribió José II á la emperatriz Catalina que las contestaciones de Versalles y del de Dos Puentes hacían imposible la realizacion del plan.

Mientras Federico el Grande estaba ocupado en organizar la liga de los soberanos alemanes contra el emperador para proteger al imperio, el gobierno francés se esforzó en hacer un arreglo pacífico y equitativo entre el emperador José y los Estados Generales de Holanda. El emperador ya había renunciado á la libertad de navegacion en el Escalda; y el gobierno holandés envió por su parte dos embajadores á Viena para declarar que su país jamás había tenido intencion de insultar la bandera del emperador, al cual personalmente profesaba el mayor respeto, y que nada deseaba más que restablecer cuanto antes las buenas relaciones que desde tanto tiempo habían existido entre las Provincias Unidas y la casa de Austria. Los dos enviados holandeses, Wassenaer y Leyden, llegaron á Viena en el mes de junio de 1785, y con la mediacion de la Francia empezaron las negociaciones de paz. La dificultad principal versaba sobre la plaza fuerte de Maastricht. El emperador se mostró dispuesto á renunciar á ella á cambio de 10 millones de florines; y como los holandeses no quisieron dar más que 5 millones y medio, ofreció el gobierno francés generosamente pagar los 4 millones y medio restantes de su propio tesoro. Con esto pudieron firmarse en 20 de setiembre de 1785 en casa del embajador austriaco, conde de Mercy, en París los preliminares de la paz, y en 9 de noviembre la paz definitiva en Fontainebleau.

En esta paz no ganó en el fondo nada la Bélgica, porque el Escalda continuó como antes, pero obtuvo algunas ventajas que facilitaron la prosperidad del país, y por las cuales, aunque secundarias, quedaron agradecidos á esta paz y lo están todavía hoy los patriotas belgas. Esta paz abolió los tratados humillantes referentes á las barreras, y reconoció al país el derecho de fijar aranceles y leyes de comercio para su industria; se le restituyeron las fronteras de 1664; se le dieron garantías serias para las desembocaduras de sus ríos; entre Amberes y Saftingen quedaron libres la navegacion y el comercio en el Escalda; la Holanda se comprometió á arrasar los fuertes de Kruyschants y de Federico-Enrique;

los fuertes de Lillo y Liefkenshoek fueron entregados y agregados á la Bélgica, y finalmente, recibió el emperador los diez millones de florines de indemnizacion.

Con esto logró José II alguna ventaja como soberano de Bélgica; pero como soberano de Austria, y mucho más como emperador de Alemania, perdió muchísimo, moralmente por la renuncia forzosa de sus planes sobre la Baviera y más por la formacion de la liga de los miembros del imperio, laicos y eclesiásticos, católicos y protestantes; obra indirecta del mismo emperador, porque sin su ciega impremeditacion jamás la habrían logrado ni la diplomacia artera del rey de Prusia, ni el valor esforzado de sus granaderos.

VIII.—ÚLTIMO PERÍODO DE LA VIDA Y TESTAMENTO POLÍTICO DE FEDERICO EL GRANDE

Federico el Grande señaló el último período de su vida con dos actos notables de política extranjera.

El primero fué la alianza de los soberanos de Alemania y el otro el tratado de amistad y de comercio con los Estados Unidos de América.

En 24 de octubre de 1784 envió Federico el Grande á los ministros Finckenstein y Hertzberg el *proyecto de una alianza entre los soberanos alemanes á imitacion de la liga de Smalcalde*, escrito de su propio puño con orden de que le diesen su parecer. Este proyecto escrito en francés dice traducido así: «El objeto de esta liga no tiene nada de ofensivo; solamente consiste en la conservacion de los derechos y fueros de los príncipes alemanes sin diferencia de religion, y como es natural trata únicamente de los derechos y privilegios consagrados por el antiguo uso y por la Bula de oro. Es ocioso que recuerde la antigua fábula que enseña que se puede arrancar á un caballo todas las cerdas de la cola una á una, pero no asiéndolas y tirando de todas á la vez. Una liga como la que propongo no pretende sino garantir á cada soberano la posesion de sus derechos, é impedir que un emperador ambicioso y arrojado derribe la constitucion política de la Alemania, destruyéndola pieza á pieza. Si no se toman á tiempo precauciones, el emperador dará á todos sus primos de Florencia y de Módena los obisposados, arzobispados y abadías de Alemania; despues los secularizará, y con los votos de estos sobrinos tendrá siempre la mayoría en todos los parlamentos del imperio. Este es el peligro contra el cual debe proteger la constitucion al brazo eclesiástico para conservar su derecho. Respecto de los soberanos laicos, católicos y protestantes, tienen el mismo interés en conservar los territorios que poseen. Esta liga limita ó impide todas las pretensiones que el emperador podría hacer valer sobre los territorios de los príncipes alemanes, como hemos visto recientemente en su proyecto sobre la Baviera. No menos importante es la posición de la dieta en Regensburg y la del tribunal del imperio en Wetzlar. Si no se adoptan á tiempo medidas eficaces para conservar á estas instituciones antiguas su autoridad, se servirá de ellas el emperador para establecer un despotismo tiránico en toda la Alemania. Estos son, á grandes rasgos, los puntos principales que deben determinar á todos los soberanos á entrar en esta liga, porque todos tienen los mismos intereses, y porque si dejan anular á algunos de sus compañeros, les tocará de seguro el turno y les quedará á lo más aquel beneficio de la caverna de Polifemo, á saber: el de ser los últimos que mueran devorados. Así es que la ventaja de esta liga consiste en que siempre que el emperador quiera abusar de su poder se le oponga por un movimiento unánime todo el cuerpo germánico y le obligue á contenerse en límites más equitativos, ó si se obstina en el abuso encuentre un poder bastante fuerte

para medirse con él, aun sin contar con otros aliados que la confederación germánica pueda proporcionarse.»

El emperador José se había aferrado tanto a su idea de fundir todos sus Estados hereditarios en un solo Estado homogéneo, que su dignidad de emperador y la constitución del imperio germánico no tenían para él ningún sentido ni valor, si no servían para el ensanche y redondeamiento de su monarquía y para la elevación de su dinastía a la altura de la mas grande del mundo. Por otra parte Federico el Grande estaba firmemente decidido a oponer a estos proyectos todos los obstáculos imaginables, a fin de que el imperio saliendo de la anarquía en que estaba cesara de ser objeto de ludibrio ó de indiferencia para el emperador, y de que la defensa del imperio, por lo menos contra el emperador, fuese para los soberanos de Alemania, como era para la Prusia, un deber de propia conservación.

La política que observaba el emperador José en asuntos del imperio germánico era la mas propia para abrir los ojos al mas obcecado. Sus tentativas para mejorar la administración de justicia del consejo áulico del imperio en Viena, y del tribunal superior del imperio en Wetzlar, podían admitirse y agradecerse como inspiradas por un celo laudable, aunque no tuvieron como puede suponerse el menor resultado. Otra cosa muy diversa eran las cédulas ó cartas de recomendación con que inundaba á los dignatarios eclesiásticos soberanos de Alemania para colocar á los servidores de su dinastía con el pretexto inocente de que tenía sobre los establecimientos eclesiásticos ciertos derechos soberanos, y de que en su calidad de emperador podía restablecer sin mas ceremonia una práctica caída en desuso desde el reinado del emperador Carlos IV.

Mas grave todavía era su afán público de incorporarse á sus Estados beneficios y territorios eclesiásticos, influyendo en las elecciones de los cabildos, como cuando logró la elección de su hermano Maximiliano para coadyutor de los arzobispos soberanos de Colonia y de Münster. Si á esto se agrega, como en el asunto de Baviera, el plan sistemático de apropiarse directamente Estados laicos, resultaba una situación en la cual el Austria amenazaba devorar por medio de la astucia rastrera ó de la fuerza bruta, todo cuanto existía en el imperio germánico por derecho tradicional y no por la fuerza material propia. Por lo menos estaba perdida sin remedio toda la Alemania meridional si el Austria se incorporaba la Baviera, pues que entonces no se le podría impedir ninguna secularización ni mediatización que hiciera el emperador para redondear sus Estados. Mucha razón tenía el ministro del duque de Dos Puentes, Hofenfels: «Es en efecto una tentación halagüeña redondear los Estados de S. M. trazando una frontera desde Egra en Bohemia hasta el Danubio, pasando entre la Franconia y el Palatinado Alto y desde el Danubio siguiendo el Iller hasta el lago de Constanza. Entonces se agregarían á la gran masa por sí solas Salzburgo, Passau, Freysing, Regensburg, Eichstätt y Augsburgo, todo lo cual unido á las posesiones en Italia daría á la casa de Austria una supremacía formidable y ventajas inmensas.» Si á estas adquisiciones se unían el Austria Anterior con el Brisgau, la posibilidad inminente de una absorción de los territorios wurtembergueses y badenses, y además la reconquista de la Alsacia y la Lorena, resultaría un imperio meridional austro-alemán tan compacto, que nada habría resistido á su empuje. No exageraron, pues, los diplomáticos franceses y alemanes cuando escribieron que la suerte de la Baviera decidiría si la Alemania entera quedaría esclava de la casa de Habsburgo ó no. Dos veces había ya conjurado Federico el Grande con las armas en la mano este espectro; y para no luchar solo la tercera vez había proyectado la liga

de los soberanos alemanes para la defensa común; si bien no llegó á tomarse en seria consideración el proyecto que entregó á sus ministros el 24 de octubre, sino cuando en los primeros días del año nuevo le llegó un grito de auxilio desde Dos Puentes que no permitía ya dilatarlo un momento mas.

El duque Carlos de Dos Puentes escribió al rey de Prusia en 3 de enero de 1785 la siguiente carta: «Señor: Como la tinta sacra se reserva solo para los casos extremos, la uso hoy para poner en conocimiento de V. M. la suerte horrible que amenaza á mi casa. Hasta ahora no he penetrado el plan falaz de arrojar de Alemania la casa de Wittelsbach con el pretexto de un cambio que no puede menos de dar á la casa de Austria una preponderancia abrumadora, y derribar radicalmente la organización del imperio germánico juntamente con la libertad alemana. V. M. que es su protector, es también el único que puede detener los vastos planes de un monarca cuya ambición indomable y cuya pasión por las conquistas se acrecientan á medida que crecen sus fuerzas. La magnanimidad y sabiduría de V. M. le inclinan á ello, y el poder de V. M. le da los medios para hacerlo. Dignese V. M., se lo suplico con tantas instancias como respeto, emplear sus fuerzas y unir las de la corte de Francia para impedir la destrucción de una casa que V. M. ha salvado ya una vez tan generosamente. Con esto realizará la gloria que ha alcanzado ya á la faz de toda la Europa y de la posteridad. Si mis enemigos hubiesen logrado presentar mi conducta hasta hoy bajo un aspecto falso, suplico á V. M. que lo considere todo obra de sus intrigas, y crea que preferiré morir bajo las ruinas de Baviera antes que consentir en una desmembración de mi Estado ni renegar de los sentimientos de afecto, de gratitud y de respeto que me ligan para siempre á V. M. y á su augusta real casa. Con estos sentimientos tengo el honor de quedar de V. M., señor, su mas obediente y sumiso servidor—Carlos, conde palatino, duque de Dos Puentes.»

De esta carta y de las actas que la acompañaban sacó el gobierno prusiano un cuadro fidedigno de los sucesos que nosotros ya conocemos, y la convicción vivísima de que urgía proceder con actividad. En su consecuencia el gobierno de Berlín envió en 14 de febrero una comunicación confidencial al gobierno electoral de Hanover, diciendo que era evidente que la casa de Austria, si con el trueque propuesto se hiciera dueño de todo el círculo electoral de Baviera, y de la mayor parte del de Suabia, adquiriría una preponderancia en Alemania, á la cual el resto del imperio no resistiría y tendría que someterse también. «Igualmente evidente es, decía la comunicación, que semejante trueque, voluntario ó no, es enteramente contrario á la constitución del imperio germánico, y muy especialmente á las estipulaciones tanto de la paz de Westfalia como de la de Teschen; por cuya razón cada brazo y miembro del imperio está autorizado y obligado por la garantía de la última paz que todo el imperio ha aceptado, á oponerse á semejante infracción con todas sus fuerzas y medios.» Con esto quedaba justificada la pregunta de si el gobierno electoral estaba dispuesto á aliarse inmediatamente con S. M. el rey de Prusia y otros soberanos patrióticos del imperio para proceder de común acuerdo en el parlamento germánico y para usar medios mas enérgicos.

A esta pregunta contestó el gobierno electoral al momento, en 18 de febrero, asintiendo á la proposición del rey de Prusia, contestación que fué luego confirmada por el soberano del electorado, el rey de Inglaterra; de modo que los ministros del rey de Prusia, Finckenstein y Hertzberg, pudieron presentar á su amo en 17 de marzo su «Proyecto de una liga de los soberanos alemanes dentro de los fueros de

la constitución del imperio;» dividido en ocho artículos, de los cuales el quinto precisaba claramente la idea fundamental del proyecto. Decía así: «Si álguien, cualquiera que fuere, abusando de su preponderancia, contra las leyes del imperio, contra los convenios entre los soberanos y contra los tratados, tratase de disputar la posesión real y efectiva de sus Estados con pretensiones arbitrarias, con secularizaciones y desmembramientos de dominios y de establecimientos eclesiásticos de cualquiera categoría, ó con cambios arbitrarios ó forzados á los soberanos aliados, ó á cualquier otro miembro del imperio germánico, ya fuere eclesiástico, ya seglar sin diferencia de religión, y aunque no formare parte de esta liga; se unirán los príncipes abajo firmados como se ligan por la presente para emplear todos los medios que permita la constitución del imperio y todas sus fuerzas para impedir semejante abuso de poder y de la preponderancia, conservar á todos los miembros del imperio sus territorios, y hacer respetar y practicar la constitución de todo el imperio basada sobre la paz de Westfalia, sobre las capitulaciones de elección (que firmaba cada emperador), y sobre las disposiciones tomadas por el imperio.»

En 23 de julio de 1785 firmaron este tratado de alianza los plenipotenciarios del rey de Prusia como elector de Brandeburgo ó sea de miembro del imperio germánico, con los de Sajonia y de Brunswick en Berlín, agregándose sucesivamente en octubre los duques de Sajonia-Weimar, de Sajonia-Gotha, de Dos Puentes, de Brunswick y el elector de Maguncia; en noviembre el margrave de Baden y el landgrave de Hesse Cassel; en diciembre el duque de York como obispo de Osnabruck, y los tres príncipes de Anhalt; en febrero del año siguiente el margrave de Ansbach y los condes palatinos Carlos Luis y Guillermo de Birkenfeld, ambos duques en Baviera. Los dos Meklemburgos y el Coadyutor de Maguncia entraron en la liga después de la muerte de Federico el Grande.

Esta liga tuvo solamente una significación moral, porque no salió del papel; pero á pesar de que jamás pasó á vías de hecho, y de no verse su importancia, no produjo por eso resultados menos trascendentales, siendo el mayor el hecho importante de haberse elevado la Prusia á ser cabeza de una liga alemana contra el emperador. Por lo demás, atendida la importancia de sus aliados, se exponía á cargar sola con todos los sacrificios y peligros á que hubiera necesidad de exponerse para sostener un imperio, en cuya vitalidad ningún político creía en Prusia seriamente; y por esta razón la posición de la Prusia, protectora del protestantismo alemán y de la nueva Alemania que se iba formando, era en el ánimo de todos, políticamente una anomalía. Moralmente la cuestión variaba de aspecto; porque tratándose de la hegemonía futura de la Prusia en Alemania, y de la organización de una Alemania nueva bajo la protección de la Prusia, era indispensable impedir todos los planes de absorción que meditaba José II en la Alemania meridional. Bajo este punto de vista la pérdida de la Baviera habría sido un golpe mortal para la futura Alemania, porque habría entregado al Austria para siempre todo el Mediodía, mientras la Prusia estaba todavía muy distante de dominar en el Norte del imperio; de modo que habría sucedido una de dos cosas: ó la absorción de toda la Alemania por Austria constituyendo una vasta monarquía como la había ideado algún día el emperador Fernando II antes que se estrellara con su edicto de restitución contra el ejército del rey de Suecia Gustavo Adolfo, ó la división del imperio germánico en dos potencias, una meridional y católica bajo el dominio del Austria, y otra septentrional y protestante bajo la supremacía de la Prusia. La paz entre ambas potencias hubiera sido

imposible y jamás habría podido formarse un imperio alemán como el que hoy impone la paz á la Europa entera.

A semejanza de la liga de los soberanos alemanes tampoco tuvo resultados prácticos inmediatos, sino puramente alegóricos y proféticos, el tratado de amistad y comercio que Federico el Grande firmó el 10 de setiembre de 1785 con los Estados Unidos.

Habia seguido el rey Federico con la mas viva atención la guerra de los americanos por su independencia, pero sin el menor rastro de los sentimientos que los americanos creían excitar. Todas las tribulaciones que experimentaron en esta guerra los ingleses, que tan indignamente habían abandonado á Federico en 1762, eran otras tantas satisfacciones para él; de modo que debió de desear y esperar la victoria final de los americanos; pero si así fué, estuvo muy lejos de entusiasmarse por esta causa como los cortesanos y literatos de Versalles. En 18 de diciembre de 1775 escribió á su embajador en Londres el conde de Maltzan, estas frases notables: «Es cada vez mas evidente que el rey de Inglaterra juega muy fuerte con las colonias, y que se ha enredado demasiado en esta madeja para salir triunfante. Desde luego es muy dudoso que reúna el número necesario de tropas para sujetarlas, y sin emplear medios coercitivos muy enérgicos y permanentes no tiene esperanza de ganar. La gran cuestión es siempre si las colonias encontrarán medios de separarse de la madre patria completamente y de fundar una república libre.

»El ejemplo de la Holanda y de la Suiza me enseña que esto no es imposible. Verdad es que dicen que semejante plan de completa independencia indignaría demasiado á toda la nación inglesa; pero no sé yo, aunque así fuera, si todos los esfuerzos del gobierno inglés serían suficientes para impedirlo. Lo cierto es que casi toda la Europa se pone del lado de las colonias y defiende su causa, mientras la de la Inglaterra no encuentra ni simpatías ni favorecedores (1).»

La esperanza y los pronósticos expresados en estas palabras no se vieron cumplidos en los primeros dos años de la guerra de la independencia norteamericana, ni influyeron por lo demás en la actitud del rey de Prusia; pero sin quererlo prestó Federico á los americanos un servicio inapreciable cuando en octubre de 1777 no permitió el tránsito por sus Estados á unos mil y tantos hombres asalariados por la Inglaterra en Ansbach, Zerbst y Hanau, cuyo embarque se retrasó por este motivo algunos meses. Esta falta de tropas puso al general Howe en situación tan angustiosa, que no se atrevió á atacar á Washington en su campamento de Valley-Forge, á pesar de la situación de los americanos, extenuados por el hambre; inacción que permitió al general Steuben impulsar sus importantes trabajos de organización é instrucción. De esto sin embargo nada sabía Federico II, ni pensaba en los americanos cuando prohibió el tránsito á los mil mercenarios; no llevaba mas objeto en esta prohibición que vengarse de los ingleses, que con sus enganches perjudicaban á los oficiales de banderín de Federico II, los cuales constantemente recorrían toda la Alemania para enganchar tropas para su soberano, que no podía disminuir su ejército en la posición tirante que le creaba el emperador José II con sus proyectos. Cuando supo la victoria de los americanos en Saratoga, creyó muy poco en un giro favorable de la causa americana. En efecto, Arturo Lee le dirigió una comunicación en 8 de diciembre de 1777 noticiándole la capitulación del general Bourgoyne y añadiendo: «Si su majestad prusiana quisiese reconocer públicamente la inde-

(1) Véase BANCROFT-CIRCOURT, *L'action commune de la France et de l'Amérique*.